El bosque vacío

(Final)*

Fue el último verano de mi juventud. No dejé de ser joven de golpe ni abolieron los veranos por decreto, pero ya no fue lo mismo. No lo digo con nostalgia sino observando que allí y entonces (espacio y tiempo inseparables) pasó algo que me hizo comenzar a alejarme del que había sido. Uno de los ciclos, quizá, de muerte y resurrección de esta inmortal vida que sólo la logra vencer la muerte, pero siempre al final.

Dejé mi trabajo en el estudio de arquitectura donde desde hacía ya varios años me pasaba un montón de horas haciendo rayas como un poseso sobre una gran mesa. Al principio me gustaba, y me gustaban todos esos aparatitos llenos de medidas, los papeles, dibujar secciones y fachadas o, ya más avezado, algún detalle constructivo a gran escala. Odiaba las plantas de instalaciones eléctricas, las fontanerías y los cimientos; pero ya no me era posible dedicar todas esas horas a una tarea de la que me había apartado por completo. Llamé por teléfono al jefe de estudio. No podía ir, me había sentado mal una comida. Sí, un cólico, un pescado en mal estado, una espina atravesada de parte a parte de la tráquea; ha sido realmente terrible, lamentable, el médico, los médicos, las parcas enfermeras, tal vez el hospital, podría ser grave, incluso muy grave, un caso delicado y raro como el pez pulmonado y el unicornio. ¿En unas semanas? Tal vez más, hay que pensar en el pescado, en la herencia ponzoñosa, la espina, la tráquea, el mar Mediterráneo, la playa de Escila y luego la de Caribdis. Ciertamente habré de guardar reposo, tal vez en Abisinia con la cintura llena de oro, o en Cabo Blanco bebiendo caipiriñas con Enrique el Incierto, en las umbrías de los igapós, camino del Urubamba, sí, adiós, adiós, os mandaré fotos, con la piel curtida y la mirada extraviada sobre los esplendores indómitos de los días tropicales, os mandaré mis rotrings, mis minas HB, 3H, 2H, las gomas stanled, las cuchillas de raspar, la tabla periódica

* *Tercero y último de los tres capítulos que componen* El bosque vacío. *Los anteriores se publicaron en los números 511 y 527 de esta revista.*

de los elementos, el Neufert, os mandaré mi bata, el tarro de amoníaco, el afilalápices, la suma de los escalones: 17-34-51-68-85-102, etcétera, hasta llegar al último piso desde donde saludo a todos los colegas y a la afición en general. Adiós.

Era sábado por la mañana. Acababa de despertar, pero no quería ver el sol, demasiado brillante y ufano. En la casa se oía a Nicolás trasladar el caballete de sitio, mover sillas, tirar a cada instante de la cisterna del baño, abrir las ventanas, poner la cafetera (lo único agradable), y todo eso significaba que Nicolás estaba pintando. Cuando me encontraba a punto de volver a dormirme entró en mi habitación para preguntarme si me gustaba el azul turquesa que tenía en la paleta. «Prefiero una tostada con café», le respondí. «Muy surrealista lo tuyo» —dijo el pintor con una expresión que a mí me dolía oír, pero que él aplicaba con generosidad a todo lo que le parecía raro. Se sentó a los pies de mi cama y encendió un cigarrillo. Nicolás no decía nada, sólo me miraba de forma penetrante, como si estuviera leyendo en los pozos de mi resaca. Al fin se arrancó: «Tienes ojeras, se te está poniendo cara de milenarista. Anoche te sentí llegar, no creas que estaba dormido, ni mucho menos: andaba con eso de lo espiritual en el arte. Un libro difícil. Lo dejé y comencé otro sobre el azar y la necesidad. La verdad es que no pude pasar del título porque me hizo pensar mucho. Debe ser algo así como el que la sigue la consigue, pero la encuentra siempre que uno esté en el caballete. Porque si no estás en el ajo es como comer sin abrir la boca, nadar sin agua, pensar con las cosas mismas...» «Etcétera, Nicolás». «Sí, lo importante es la labor diaria, el trabajo, permanecer atento. Si la inspiración llega, que te coja confesado. Esto lo dijo un poeta. Es verdad que todo lo demás, la chispa, la gracia, el duende, el no sé qué, ya sabes, lo que está en el aire, es imprescindible. Pero óyelo bien, despierta, el caballete es frígido y necesita un buen seductor. Es como uno de esos caballos que en cuando se sube un novato va directo a la zanja de riego, y ¡zas!, al agua; y un maestro lo que logra es hacerlo dar saltitos, paso español, inglés, vaquero, etc. ¿Me sigues? Ahora bien, si dentro de ti no está la pintura, es inútil que la busques fuera como un jornalero: no saldrás de pobre, de oscuro retratista, autor de mónadas perfectas y perfectamente imbéciles. Si tienes sueño me lo dices, que me marcho, sólo estoy haciendo algo de tiempo mientras se seca una zona del cuadro. Ahora lo verás. Te voy a preparar un café cargado para que te levantes. Una persona joven como tú durmiendo en una mañana de verano como ésta es algo lamentable».

Nicolás volvió a su estudio y continuó haciendo ruido, ordenando libros, cambiando discos antes de que comenzaran a sonar, hablando desde el pasillo sobre lo que podríamos hacer aquel sábado. La casa olía a trementina

y a café. Decidí levantarme. Nicolás había preparado con uno de sus cien brazos, un copioso desayuno: tostadas, magdalenas, patés, mermeladas y el humeante café. Quizás haya pocas cosas en la vida tan buenas como un buen desayuno. Estaba claro que Nicolás no pensaba dar ni una pincelada más en todo el día. Se le veía con ganas de aventurarse iniciáticamente de Salduba a Málaga, y luego quizá, sobre las dos de la mañana, regresar a Salduba, pasar por lo de Cárleton para ver quién había por allí y luego a Pepe Moreno, pedir un whisky, echar un vistazo a la pista de verano, invitar a la rubia platino de ojos azules y aire ingenuo, pero que sabe lo que quiere o tal vez quiera saberlo, a tomar una copa con nosotros: ella tiene una amiga que apenas si habla español, ni inglés, pero se entenderá muy bien conmigo en tagalo, lengua que hablo sin acento, y quizá le apetezca fumar un poco de kif, cambiar de sitio, ir a tomar algo al puerto, algo ligero de comer dada la hora tardía y luego y luego y luego. Pero el primer paso es salir a la calle, bien duchados y con un ligero olor a agua de colonia, acercarnos a la zona de los bares y, después de hojear el periódico, probar las barrocas ofertas de tapas: sardinas, jureles, boquerones, chanquetes, sepias, todo ello regado con cerveza helada. Antes de beberse cada cerveza, Nicolás afirmaba que lo más importante es vivir y que todo lo demás (?) es secundario. ¡Como para no estar de acuerdo!

—Vivir es lo más importante, ni enamoramientos ni gaitas, Juan. Ya verás cómo todo cambia con los años. Eso de depender de una persona de manera exclusiva..., no, no, eso no es para mí. Hay que descender. Al mundo hay que vivirlo desde el vértice mismo donde confluyen las piernas: la gruta de Alí Babá y los cuarenta ladrones, todo un tesoro; pero óyeme y deja de poner puntos y comas, que parece que estoy aquí comiendo y bebiendo solo.

—No me he ido, Nicolás, pero es que no dejas de hablar a nadie: hablas y pides cervezas y chanquetes y mojamas y más cervezas y conchas finas y entrepiernas, y vida por todas partes como si esto fuera una feria y nosotros estuviéramos dando vueltas en un tiovivo.

Nicolás no me oía: estaba concentrado en unas coquinas que le hacían saltar las lágrimas, y se acordaba de su madre, que las preparaba de manera impar.

—Sigue, Juan, que yo te oigo. Pero lo mejor sería que nos tomáramos un cafelito. Son las cuatro de la tarde; buena hora para coger el coche e irnos tranquilamente a Málaga.

Dicho y hecho. No mucho más tarde llegamos a Málaga y fuimos directamente a una dirección que Nicolás parecía conocer bien. Cuando una voz de mujer preguntó que quién por el portero automático, Nicolás respondió con aplomo y con un no sé qué de grito de guerra, «¡El bigotes!». Lo miré

sorprendido. Subimos. Una señora de unos cincuenta años, muy arreglada pero suelta, nos abrió la puerta y saludó efusivamente a Nicolás que, mientras la besaba, giraba hacia mí para presentarme. «Pasad, pasad. ¡Pero cuánto tiempo sin verte!». Llegamos a un saloncito donde había dos mujeres jóvenes que se levantaron al vernos y nos besuquearon. Yo no sabía qué hacer y me apresuré a sentarme. En cambio, Nicolás se movía con gran desenvoltura y observé que allí todo el mundo le conocía; no sólo la «madame», también las dos jóvenes y las que llegaron a la sala unos minutos después. Estábamos rodeados por ocho o nueve mujeres, ligeras de ropas, animadas en una tertulia que yo no acababa de comprender del todo. En un momento dado, Nicolás me miró y me preguntó a quién me llevaba. Al verme algo desconcertado, se apresuró a interpretarme. «No te preocupes por eso, yo te invito». No, no era eso, aunque no me sobraba el dinero; se trataba de Julia. «¿Cómo?», preguntó más desconcertado que yo. «Pues es así —le dije en un apartado—, no puedo hacerlo, no puedo hacerle esto a Julia. Será mejor que tú hagas lo tuyo y yo me quede aquí, ¿de acuerdo?». Nicolás se volvió hacia las mujeres y con una expresión cómica les explicó lo que llamó un «problema metafísico». «Pero —añadió—, yo me llevaré ración doble». Nicolás desapareció con dos chicas y yo me quedé solo en la sala con cinco o seis mujeres que me miraban, como comprendí poco más tarde, con algo de admiración. Nuestra conversación versó sobre los males de este mundo y sobre la falta de inocencia. Después de los primeros minutos de nerviosismo, comencé a sentirme a gusto y, con precaución, les solté algunas pequeñas parrafadas sobre el amor, la fidelidad, y otros temas afines. Una de ellas me contó que tenía novio y que jamás le era infiel. «No, no lo soy, porque yo no siento nada con los hombres que vienen aquí y con él sí, él sí existe; además, jamás beso en la boca a un cliente, puedo hacer cualquier cosa menos eso». Otras se animaron a contarme sus situaciones afectivas y yo las oía con atención. En nada de tiempo, aquello se había convertido en un consultorio sentimental. Se habían sentado todas cerca de mí, en corro, y todas esas putas y yo parecíamos ejercitarnos en un cursillo de buena conducta con voluntad redentora. Cuando salió Nicolás, nos hallábamos en plena cháchara. Una de ellas sacó un pañuelo para secarse las lágrimas, y yo me levanté con el corazón algo acongojado por el pobre destino de mis contertulias. «Vámonos, le dije a Nicolás, vamos a llegar tarde». Me despedí de ellas con besos y carantoñas, y a punto estuve de arrepentirme de mi «problema metafísico», pero ya era un poco tarde para eso. Salimos de la casa. Yo iba tan contento como un cura que hubiera salvado a un infiel de las puertas del infierno.

—¡No sólo no te acuestas con ninguna de ellas, sino que encima las haces llorar! —dijo Nicolás mientras nos acercábamos a un cine donde proyectaba películas de «arte y ensayo».

No respondí. A la salida del cine, donde vimos algo realmente complicado, tomamos el coche y nos dirigimos hacia Salduba. Hicimos el viaje en silencio. Un silencio sólo interrumpido por Nicolás al llegar a nuestra calle. Me dijo que tenía una sorpresa para mí, «bueno, en realidad no sé si te gustará, lo mejor será que entremos en casa y comamos alguna cosa ligera mientras te lo cuento». No dije nada. Nicolás me miraba y sonreía. Yo no lograba imaginar de qué podía tratarse, pero tampoco me importaba mucho.

Después de comer unas frutas, Nicolás desapareció y volvió con algo entre los dedos. No podía ver qué era. En su cara había un gesto de complicidad que no lograba entender.

VI

—Tengo dos, y son de una calidad excelente. ¿Te atreves?

Yo no había tomado nunca un ácido, y tampoco sabía qué efecto producía aquello. Me mostró dos pequeños triángulos en la punta del dedo índice. Eran algo más grande que la cabeza de un alfiler. Me eché a reír, más desorientado que contento, y le pedí que me dejara uno para observarlo bien. No me atrevía a preguntarle a Nicolás qué hacía aquello dentro de uno, o qué hacía uno con aquello dentro. Comprendí que si iba a tomarlo no debería pensarlo mucho. Me chupé el dedo con el ácido y tomé un trago de whisky. Nicolás se sorprendió ante mi rapidez, y pensé entonces si no me habría precipitado. Nicolás dio vueltas por la habitación, puso un disco, volvió a llenar los vasos, fue a su cuarto, volvió y, al fin, se sentó, para tranquilidad de los giros interestelares.

—¡Adentro! —gritó, y lo hizo tan fuerte que casi consiguió asustarme.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —le pregunté.

—Nada; no hay que hacer nada. Las cosas se harán solas. Tampoco tienes que esperar nada. Te fumas un cigarrillo, bebes, escuchas música. Haz lo que quieras, pero no te preocupes de nada. Y recuerda, recuérdalo siempre: te has tomado un ácido. Esto es un viaje y va a durar unas horas, no sé cuántas. Pero luego volvemos, tenemos billete de vuelta, es importante que lo sepas. Ése es todo el secreto.

Sus palabras lograron lo contrario de lo que se proponían: me intranquilizaron. Comimos algo y bajamos al puerto en coche. La noche brillaba como un cristal. Nicolás me propuso ir a La Caverna, una especie de pub a la andaluza. Dejamos el coche y nos pusimos a caminar en silencio, y no sé en qué estaría pensando él, pero yo me escudriñaba por todas partes buscando alguna señal, un síntoma, una presencia de ese «viaje» que Nico-

lás me había anunciado. Pero no sentía nada especial; todo estaba igual que siempre: las cosas permanecían en su sitio dentro y fuera de mí. La Caverna estaba tranquila, alguna pareja y cuatro o cinco solitarios en la barra. Sonaba flamenco, tal vez fueran unas seguiriyas. Sentí deseos de hablarle a Nicolás de Julia, y así lo hice: volví sobre mi tema favorito. Nicolás me miraba y asentía no sé si comprendiendo o creyendo que alguna vez se me pasaría la ofuscación. A nuestra derecha estaban dos gitanos que hablaban muy expresivamente. Uno de ellos estaba nervioso, parecía hacer esfuerzos por contenerse. Volví a Julia. Nicolás sonreía y trató de quitarle importancia a mi preocupación. Pero yo insistía como emborrachado con la herida. A mitad de una frase me detuve y miré de nuevo a los gitanos. Hablaban de forma intrigante. El más alto se agitaba como un temblor. El otro, seguía sentado en la banqueta, con un aire burlón, desafiante. La música arrastraba, tiraba de dentro como quien saca agua de un pozo. El más alto permanecía de pie, no sé si esperando algo, una señal, una palabra. De pronto, recogió los brazos hacia atrás, y el que estaba sentado sonrió, como si hubiera vencido. El gitano alto zapateó, flexionó ambas piernas y fue agachado, casi invisible, hasta una pequeña tarima de madera situada a un lado del local. Yo le vi: los ojos encendidos —pero no de agresividad— y el giro violento de la cabeza dirigido a su compañero. Tenía los ojos negros, penetrantes. Entonces bailó, bailó para el gitano, mirando a su amigo que había comenzado a jalearle sin bajarse del taburete. Fue un baile rápido, una llama agitada que de pronto se aquieta y el aire gira a su alrededor, sin tocarla. Le oí volver a su lugar, como un rumor. No llegué a verlo. Supe —aunque ignoro en qué términos— que había vencido a su amigo. Lo había conquistado. Pero sólo le oí volver, tan sólo el ruido de sus pasos. En mi retina seguía clavado el remolino de su cuerpo, la sombra que fue desplazando con sus brazos hasta que consiguió detenerse. Miré a Nicolás y le vi muy lejos. No sabía cómo dirigirme de nuevo a él. Me extrañó que se hubiera retirado tanto. Me sentí angustiado y le pedí que saliéramos del lugar. Cuando subimos las escaleras volví a ver al gitano bailar. Me di la vuelta, pero comprobé que estaba quieto, mirando a su amigo que le hablaba como si le explicara algo. Sin embargo, el baile continuaba, incansable, buscando el centro, dibujando el espacio, desdibujándolo.

—Vamos a caminar un rato. ¿Recuerdas lo que te dije?

Moví la cabeza afirmativamente. Me he tomado un ácido, sí, ¿y qué? ¿Qué quieres decir con eso? Miré a Nicolás esperando una respuesta, pero comprendí que yo no había hablado, y que ya era tarde para esperar una respuesta.

—No tiene importancia —dije.

—No tiene importancia ¿qué? —inquirió Nicolás.

—Lo de antes —respondí con seriedad.

—¡Ah!

Bajamos hacia el mar. Todo estaba desierto por la zona en que fuimos, aunque normalmente en esa época del año solía haber gente paseando. Era mejor así, me daba miedo la idea de encontrarme con alguien y que me hablara. Intenté decírselo a Nicolás, pero no me salía la voz, sólo el comienzo de la frase, la primera sílaba de una palabra impronunciable. Aunque esa palabra era cualquiera, las palabras de todos los días, parecía que ahora hubiera descendido a su propia raíz y esa raíz carecía de sonido. ¿Cómo decirla? Y más que pensar, veía, y comprendí que el tiempo del habla era muy inferior al de las visiones. Intenté ayudarme con la gesticulación para darle a entender a Nicolás mi problema de sincronización. En ese momento me preocupaba mucho que me entendiera y hacía tremendos esfuerzos por hablar. Momentos después pisé un charco producido por una boca de riego mal cerrada, y lo vi levantarse desde mis pies, alrededor de ellos, lentamente: primero como una superficie de goma que se alterara, luego fragmentándose en girones y gotas. No pasaba el tiempo. Para cualquier observador que no fuera yo, aquello sólo duró un par de segundos, pero yo habría podido medir en minutos aquel acontecimiento. Y estaba ocurriendo de verdad, porque lo viví y lo vi. El tiempo es blando. Daba igual lo que yo hubiera tomado, porque a veces unos espárragos o un solomillo a la pimienta nos cambia de humor, nos sienta mal y vemos el mundo de manera distinta en plena arcada, por ejemplo, o nos hace soñar con ángeles o con demonios, según responda el aparato digestivo. Todo altera. Miré en ese instante dilatado a Nicolás, pero ya no necesitaba explicarle nada: supe que él lo sabía. Lo supe sin saberlo, como si hubiera alcanzado el tao, cosa que tampoco es difícil, dicho sea de pasada.

El paseo marítimo estaba a oscuras y era muy largo. Nunca había visto nada igual. El caso es que alcanzaba a ver su final, pero eso no lo disminuía. Me obsesioné con la necesidad imperiosa de recorrerlo. Se lo dije a Nicolás, pero a él no le apetecía, «es largo, sí, pero por eso no vamos a ir de una punta a la otra, como si tuviéramos que agotarlo». Ciertamente, no era necesario. El mar se me hizo patente, estaba a mi izquierda: masa oscura que parecía devorarse a sí misma y expulsarse, desgarrarse y contenerse en una afirmación y refutación continua... Yo no quería acercarme, pero me sentía atraído por su ominosa oscuridad. Me puse a temblar y me habría echado al agua si Nicolás no me hubiera cogido del brazo apartándome de allí.

—Ven, ven, vamos a ir a *The Old Vic*. Tal vez allí haya ambiente. Por aquí todo está muerto.

Nos pusimos a caminar, pero yo creí que no llegaríamos nunca. Cada paso que daba lo veía desarrollarse, y cada alteración —cambiar de acera, leer un letrero, detenerme— me resultaba toda una aventura psíquica, como si hubiera descubierto la tapa que oculta todas las conexiones eléctricas y las viera moverse, la maquinaria del motor, en vivo, en plena actividad, y todo al mismo tiempo. Ya no podía pensar a voluntad, sólo de manera intermitente sentía lo que llamamos conciencia, pero eso, la conciencia, se había diluido por los cinco sentidos y por lo que éstos percibían. Para decirlo con otras palabras: el sujeto que yo era, hasta entonces delimitado, sitiado en mí mismo, en mi epidermis, había abandonado su carcaj y era agua que se extendía por el mundo innombrable. Esto era así, aunque quizá no del todo, o no siempre, porque en algunos momentos podía darme cuenta de esa mismidad llamada persona y que a pesar de todas las irrealidades del sujeto nos hace ser un destino, tener un alma, haber nacido, tener una muerte.

Al fin llegamos a *The Old Vic.* Había mucha agitación en la puerta: varios hombres se revolvían con violencia. Uno de ellos parecía un toro desde los hombros a la cabeza: tenía el pelo muy corto y crespo, el cuello grueso y muy moreno. Resoplaba. Uno del grupo intentaba calmarlo, pero era inútil porque sus contrincantes lo provocaban. Yo no lograba entenderlos a pesar de que tenía toda mi atención puesta en ellos. Sin saber cómo, me acerqué al grupo instintivamente y me encontré frente al más violento, el de la cabeza táurica que emanaba una energía ominosa. No creo que yo fuera a decirle nada, pero me sentía atraído por ese remolino de fuerza que se agitaba en su testuz, tal vez como los insectos revolotean alrededor de una lámpara. Antes de que pudiera tomar conciencia de dónde estaba, el táurico me propinó un tremendo empujón en dirección a la puerta, y entré en la discoteca dando tropezones, intentando detenerme y apoyándome en todo lo que me salía al paso. No lograba recuperar la verticalidad, y sentía que me iba la vida en ello, porque si seguía cayendo perdería de manera absoluta el control, ya bastante diezmado. Por una décima de segundo me sentí ridículo, pero pronto lo olvidé: no tenía mucho tiempo para pensar en mi imagen que en ese momento se debatía entre la gente, no muy diferente, creo, a la de un borracho que no se puede tener en pie. La música estaba reventando mis oídos y el color de la moqueta de las paredes me hería como si me desgarrara el iris. Todo era demasiado para mí: el poliedro de cristalitos reflectantes que colgaba giratoriamente en el centro de la pista de baile, los movimientos entrecortados de la gente que se agitaba al son de la música, todo ello lo sentía en mi piel, en la carne, como si la realidad se estuviera zurciendo en mi cuerpo al tiempo que lo desgarraba. Al fin logré encontrarme de pie por un momento, casi

dueño de mi verticalidad, pero continué dando bandazos empujado caprichosamente por los colores y los sonidos. Volví a caer, y para mi desgracia lo hice sobre una chica que estaba sentada con alguien. Estaba allí, encima de ella, mientras la pobre trataba de zafarse de mí. Su novio, o quien fuera, me puso de pie y me empujó contra la barra roja del bar. Al volverme me golpeó brutalmente en el estómago. «La próxima vez te baño en sangre», escupió la criatura sobre mi rostro. Permanecí allí, de espaldas a la barra, con los codos apoyados en ella, como si esperara a alguien. Caí en la cuenta de que no me dolía nada, a pesar de que un momento antes me había sentido morir al recibir sus golpes. Sin embargo, era incapaz de moverme. Todo sucedía tan rápido y tan fuerte que me sentí paralizado. Al levantar la vista vi a Nicolás, sonriente, con una copa en la mano. Grité su nombre como quien grita ¡taxi! a las cuatro de la mañana en un barrio de delincuentes. Cada letra de su nombre se fue destrozando en mi estómago, en la garganta, en los dientes, y consiguió salir al exterior como un aullido. ¿Era acaso el dolor del golpe transformado en unas sílabas? Sin embargo, nadie se inmutó, todo el mundo continuó su ritmo vertiginoso, y Nicolás se acercó hacia mí con una sonrisa satisfecha y bobalicona. «¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí!», le grité cogiéndolo del brazo con tal fuerza que él no dudó ni un momento en llevarme a la calle pensando, quizá, que había enfermado. El aire, ligeramente fresco y húmedo de la noche, me serenó un poco. El aire y el silencio. Me recobré lo suficiente para poder comprender que algo demasiado raro me estaba sucediendo. Aquello era absurdamente extraordinario, enloquecedor en algunos momentos. El mundo había cambiado. Lo curioso es que no era tanto que las cosas hubieran cambiado como que eran profundamente distintas, pero no en el sentido en que podemos decir que las frutas, la arquitectura y las costumbres de un pueblo de la India o del África profundo me podían ser raras, nuevas, desconocidas o distintas. No, era otra cosa: todo aquello era *otra cosa.* ¿Lo extraño? ¿Era la extrañeza en un grado extremo? Podría ser. Los coches eran distintos, las casas tenían otro aspecto, Nicolás estaba lleno de filamentos, él era esos filamentos enlazados de manera armoniosa, el aire brillaba, y el cuerpo me resultaba desconocido. Y lo peor era que no podía pensar, todo mi pensamiento era un fogonazo, al mismo tiempo y en todas las direcciones.

—Nicolás, tengo que pensar, ¡tengo que pensar! Trataré de contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... Antes de llegar a diez ya estaba hablando de otra cosa, o me callaba olvidando que me había propuesto llegar al diez. Cuando descubría que me había olvidado de mi cuenta, lo intentaba otra vez: uno, dos, tres... y de nuevo lo olvidaba. La conciencia se me diluía como un líquido denso: notaba cómo se iba fundiendo con todo, pero algo,

en estos momentos que describo, me decía que había una presencia tanática en todo aquello. A veces pensaba que estaba pensando, pero pronto ese testigo se disipaba. ¿Dónde estaba? ¿Qué lugar ocupaba cuando no estaba allí? ¿Era un lugar? Mi mundo verbal estaba desapareciendo y con él mi antigua percepción de las cosas. No siempre la extrañeza latía bajo la piel de esa realidad. Podía sentir también que la herida se había restañado, que todo era un mismo latido, que yo era una totalidad indivisible, y que el acto de percibir, lo percibido y ser era todo una misma cosa sin centro. Un doble movimiento me habitaba: por un lado esa fusión exaltada, ese *uno* plotiniano; por el otro, la necesidad de retenerme, de afirmar mi individualidad ante lo innombrable, el mundo del que yo era parte y parecía refutar mi individualidad. Caía, caía por un resbaladero y trataba de retenerme, con lo cual estaba a punto de saltar fragmentado en miles de pedazos.

Nos sentamos en un banco de la alameda, sin hablarnos. No sé el tiempo que estuvimos allí. Yo contemplaba los árboles y las flores de un jardín cercano. Los miraba, pero si tengo que decir más exactamente lo que ocurría, he de recordar que el acto de mirar implica un objeto y un sujeto relacionados por una distancia, y que sin ella no se puede dar el mirar; pero cuando yo miraba en aquella alameda, sólo había una presencia que se contemplaba, y esa presencia era todo, el árbol, el seto, el murete de ladrillos y yo. Yo veía, yo era lo que veía. La percepción, como me había ocurrido esa misma noche con otras experiencias, estaba escindida por momentáneos instantes de conciencia que proclamaban tanto que aquello era maravilloso como terrible.

Con la lentitud de la angustia vi la llegada del amanecer, la luz del alba, y sentí un gran escalofrío. Sentí que había muerto para los otros y que aquello que vivía era sólo un tiempo, o mejor, un espacio sólo para mí, algo que ya no pertenecía al mundo. A su término, cuando terminara de llegar la luz del amanecer, me esfumaría, me disiparía con la noche que ya llegaba a su fin. Me dije que había ido demasiado lejos como para poder volver a tomar café con cualquier vecino. Pocos son los que después de bajar al Hades, vuelven para contarlo, y yo sentía que me había alejado tanto del mundo por mí conocido, que lo que se acercaba con la leve luz de alba, era la muerte. Había percibido, vivido, que se podía estar durante siglos en un solo minuto, y pasar toda una vida en un abrir y cerrar de ojos. Ahora lo entiendo todo —le decía a Nicolás—, ahora que ya he muerto. Me senté en el suelo y lloré, lloré por mí y porque no iba a ver más a Julia, ella que habitaba el otro lado de este límite que se precipitaba para cerrarse sobre mí.

Nicolás trataba de hablarme, pero yo no lo entendía; estaba demasiado entretenido con mi llanto y mi lamento. La conciencia de la muerte me

había refrescado un poco: por un momento me di cuenta de que podía pensar en ello, en mi desaparición, pero notaba que no podía salir de ese pensamiento. Estaba encerrado con un juguete rabioso: el yo. Lo que se estaba muriendo era él, y en el mareo de su derrota, se había vuelto con saña y me decía que me moría, que todo él era yo.

Nicolás me repitió varias veces que la dosis no había sido tan fuerte, pero que habíamos tomado algo de alcohol y que, además, la primera vez ocurren cosas extrañas, especialmente el miedo a lo desconocido. «Deberías tranquilizarte —me dijo al mirarme de frente como buscando por dónde andaba— y subir al coche. Iremos a dar un paseo y luego a casa». Así lo hicimos. Fuimos hasta el coche, pero antes de llegar vi una inmensa luz. Todo estaba iluminado, pero no por focos eléctricos ni por el sol: era una luz reflectante que cada cosa emanaba, una luz de nieve.

—¡Nicolás —le dije como en trance— no volveremos, hemos pasado la línea que divide los dos mundos: la noche es negra y blanca. Lo supo Nerval, hoy lo sé yo. El camino de todos es el camino de nadie: somos ya apenas sombras de la memoria!

—¡Sube, sube al coche! Eso no es más que literatura, estás lleno de literatura..., de la mejor, eh, no me mires así, pero letra al fin y al cabo. ¡Mírame a mí! —gritó Nicolás, y los dos debimos sentir a un tiempo lo ridículo de todo.

¡Mírame a mí! —grité sin poder dejar de reír. Estábamos cada uno a ambos lados del coche, con las manos en las manillas de ambas puertas, pero incapaces de entrar. La risa nos doblaba, y cada vez que nos mirábamos nos reíamos con más fuerza. Nos reíamos con todo el cuerpo, convulsos y con los ojos llenos de lágrimas. Optamos por dejar de mirarnos, porque cada vez que nos veíamos, veíamos nuestros pensamientos y lo que veíamos era una gran risotada. Al fin pudimos entrar en el coche y volvimos a caer en la carcajada que, de seguir, no hubiera dejado nada de este mundo en pie, y menos que nada la nada.

Llegamos a casa y Nicolás puso sin volumen alguno la parte coral de la novena de Beethoven. Nos parecía increíble, pero la oíamos: no como algo externo sino como si la música lo fuera todo. El sonido no estaba separado de lo que veía, de lo que podía tocar.

Oír, ver, tocar, encender un cigarrillo e irme por el humo, en girones, abriéndome y dispersándome por la habitación: humo soy, humo sobre la superficie de este cuadro de burbujas, hombres encerrados en burbujas, cristalizaciones, mónadas, crisálidas. He roto mi burbuja y soy humo en forma de pez, mirada azul en un mar glauco, barco, goleta, velero sobre el mar quieto de mi memoria. Sobre el aire soy pájaro, viento, brisa nocturna que mueve y dispersa este humo: soy dispersión, címbalo, tímpano,

onda abriéndose en este lago silencioso: onda concéntrica dilatándose hacia la totalidad del día que se abre, sístole y diástole, perihelio y afelio. Noche de noches, instante cenagoso, limo del que rescato una palabra encendida girando en la palma de mi mano, sonido, sentido: el cuerpo es el lugar de la música, el cuerpo es el lugar del lugar, el espacio de todos los espacios y tú giras en él, gacela de ojos claros, pasajera del aire, incipiente yerba azul sobre la grieta de mi delirio: tú estás aquí, allí, estoy, caderas de agua, cangilones de la sed por los que subo hasta la fuente, labios que pronuncian mi nombre y desplazan la niebla y los muros arenosos de mi boca, filamentos de colores, cintas, gritos de bacantes en mitad de la tarde ática, y el deseo como una banda de Moebius; sin comienzo ni final. Alguien canta, y de pronto este hambre terrenal, este recuerdo contagiado a mis pupilas de un bacalao al pil-pil. Más allá de este pil-pil no hay nada: todo está aquí, en este espacio que toco con mi cuerpo, en esta grata superficie del mundo reverberante.

—Juan, no hay bacalao al pil-pil, pero sí una lata de raviolis. ¿Por qué no los calientas y les añades un poco de mantequilla cuando estén listos? ¿Te parece?

Teníamos hambre y una sensación metálica en el estómago. Ya había amanecido del todo y notaba con malestar que volvía a ocupar mi sitio en el mundo, el sitio de siempre. Pero este lento desembarco a las orillas de mi vieja fortaleza se alternaba con significativas ausencias del intermediario: estar y no estar al mismo tiempo, en una suerte de contradicción instantáneamente resuelta. Sin embargo, a pesar de cierto malestar del que ya he hablado, algo en mí quería regresar al estado anterior. Era un sentimiento que surgía en los momentos de plena conciencia.

Los raviolis, acompañados con una cocacola, me fueron devolviendo al mundo de todos los días. Pasado un rato, volvimos a salir y nos fuimos a la playa donde nos sentamos en la arena, de cara al mar. Todo estaba despertando a una nueva vida; el mundo volvía a nacer. Me sentí triste, solo. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué podía hacer? Las olas se sucedían, rugiendo lentamente en su caracoleo sobre el alféizar de conchas y piedras de la orilla. El sol cegaba. Frente a mí, cubiertas y descubiertas instantáneamente por la leve espuma de las olas, surgían racimos de piedras preciosas entre las algas. Las olas se sucedían y mi memoria bajaba a su raíz como una piedra que busca el fondo. Por un momento sentí en mi alma, o en términos de cocina, en mi cacerola bullente, un sonido: pil-pil, pil-pil. La salsa estaba lista, algo se había mezclado quizá definitivamente, ¿pero qué? *C'est la mer mêlée au soleil.* Era la mar mezclada al sol, sí era mi infancia y era mi vejez, era la primera luz de los días infantiles y la última, era el tiempo que al deshacerse tomaba forma, no en mármol, en una ola

que nada más formarse se hundía en la masa inmensa y móvil de la que había surgido.

No sé cuánto tiempo dormí después de todas estas alteraciones se desvanecieran, pero sí recuerdo que la sensación de extrañeza era tan grande que no pude permanecer, una vez pasados los efectos, demasiado tiempo consciente. Dejé mi habitación lo más oscura posible y me metí en la cama como quien busca el olvido. Pero el olvido ¿de qué? Olvidar tal vez el haber pasado a un lado de la realidad donde el acuerdo no era humano, sino cosmogónico; olvido de haber tocado tan a fondo que lo vivido me iba a resultar incomunicable y por lo tanto me sentía como un monstruo, alguien que a causa de sus experiencias carecía de semejantes. Esa experiencia de fondo era única, aunque otros la hubieran podido vivir alguna vez, pensaba. Quizá comprendí que toda experiencia profunda es incomunicable, aunque tratemos de hablar y escribir sobre ella; quizá vi que en el fondo todos estamos solos, y esa visión tan vívida me resultaba lacerante. Volvía, sin darme cuenta, al principio, a ese momento del comienzo de la adolescencia en que uno es estigmatizado con alguna peculiaridad que creemos nos diferencia de todos los demás radicalmente, como aquélla del nombre a la que, de alguna manera, volvía una y otra vez de manera metafórica. Y en el fondo de todo eso se podría pensar si no latía otra pregunta, la pregunta sobre la legitimidad, que los psicoanalistas podrían situar en la pregunta sobre el padre, pero que a mí me parece una explicación algo grosera, porque intuyo que la legitimidad viene de la percepción de que somos poco, o con otras palabras: de una carencia de ser. Estaba confundido. Es verdad, sabía que el amor era el vínculo, pero lo que sentía esa mañana frente al mar era la más desnuda soledad. Sí, me daba cuenta de que estamos solos, y que aunque podemos trascender esa radicalidad, es inevitable volver a ella, y que ocultarla sólo nos podía llevar a una mentira sobre la que difícilmente se podría crecer.

VII

Era verano, y al final de ese verano Julia se iría a Madrid y yo también. No sabía cómo iba a vivir allí, pero en ningún momento pensé que debía buscar un trabajo. Julia iba a estar en una casa que la familia poseía en Madrid, y yo me hospedaría en una pensión. Nicolás había prometido ayudarme al principio, aunque no sabía cómo. No le gustó que fuera a dejar su casa en Salduba, pero se lo solucioné al sugerirle que Guillermo se la podría cuidar. Así fue: Guillermo aceptó sabiendo que su hija le ayudaría y pensando que una entrada extra de dinero no le vendría mal. Tanto Julia

como yo frecuentamos ese verano más a Guillermo. Era raro el día en que no me pasaba un rato por su casa. En cuanto a mis padres, que se quedaron al inicio de este libro, quizá no es mucho lo que pueda decir, al menos no en el sentido que este relato se desarrolla, porque aunque parece caber todo, no es así si se fija uno bien. Mis padres se habían quedado atrás y yo había emprendido el vuelo, aquel que comenzó con la fisura de mis dos nombres, el iceberg que latía bajo la modesta apariencia de la identidad. Desde aquel día, aunque apenas me moví del mismo pueblo en donde había nacido, viviendo no muy lejos de la casa de mis padres, cerca de mi tío y viendo cada día las calles de mi infancia, había, como estaba diciendo, comenzado a alejarme. Ahora tenía unos veinte años: carecía de proyectos profesionales, pero sabía que quería estar cerca de Julia, y, aunque sin saber bien qué, quería escribir, o, al menos ser un escritor que no escribe. Escribir era algo que había comenzado a hacer como copista furibundo, y luego continuado con ese librote que parecía proponer la escritura como mímesis del tiempo, con lo cual, ya saben, había que anotar todo y no llegar nunca. Soñaba con un libro futuro, y como todo el que desea profundamente escribir, sentía que toda la vida quería desembocar en un libro. Si cerraba los ojos, podía ver sus letras pero no oía sus sonidos, como esos libros que leemos en sueño: pasamos durante horas páginas y más páginas, pero sin oír las palabras. Un libro que no podemos recordar. Sin embargo es verdad que un libro, en principio, es un rumor de fondo, un rumor cuya materialización escritural nunca satisface del todo. Pero el rumor mismo tampoco se cumple del todo porque hay algo en él que es deseo de la palabra, es un rumor que busca sentido. Sin embargo, no vivía para desembocar en un libro, aunque la vida y los libros cada vez me parecían realidades más cercanas. Nunca logré entender del todo a los que hablan de la vida y de los libros como aspectos o situaciones separadas, acentuando una falta irreparable en los segundos que sería siempre deudores de una realidad fuerte, absoluta, verdadera. Nunca he visto esa realidad absoluta separada de todo lo demás. Un libro no está muerto si alguien lo lee, y, quizá, tampoco uno lo esté si lee un libro. Éste no es un pensamiento muy profundo, ¿verdad?, pero no siempre está uno para frases brillantes. Cuando Guillermo me oía decir algo así se limitaba a cabecear: aunque tenía verdadera pasión por algunos poemas, yo creo que nunca los vio como libros, y la idea misma de libro le parecía espuria. «Los hombres se han contado siempre historias, antes de que se pudieran escribir, ¿no? Yo creo que no hay que confundir demasiado las cosas: por mucho que hables de comida en un libro, si no comes, te mueres». Yo le respondía que la literatura no se proponía alimentar los estómagos, como tampoco servía como instrumento para un análisis de sangre o como lám-

para eléctrica, y que el error venía de pensar que escribir y leer han de suponer un abandono del resto de nuestras acciones. «Es absurdo, Guille, la literatura no es un dios celoso: podemos comer una ensalada y leer un libro, y no hay por qué poner las hojas de la lechuga en el lugar de las hojas que escribió Kipling, son dos órdenes de la vida, sólo que en el caso del libro, hay algo en él que es distinto, tiene un valor analógico. Leemos y lo que leemos nos transporta. Es verdad, los libros nos hablan del comer y del reír, del monólogo y del diálogo con los otros, del abrazo amoroso y de las maquinaciones del crimen. Sí, los libros son metáforas, pero esas metáforas encarnan». Hice una pausa buscando mis argumentos. «Por ejemplo, una sola palabra me ha mantenido despierto toda una noche» —dije al fin. «¿Acaso no es real eso?». Guillermo me miró con impaciencia, escrutándome. No se atrevía a preguntarme, quizá por no caer en una ingenuidad, pero no pudo soslayarlo. Su rostro se iluminó, como si rejuveneciera al preguntarme: «¿Qué palabra? ¿Ha habido una palabra que te haya mantenido despierto toda una noche? ¿No será una de esas frases un poco retóricas? ¿Eh?». Me sentí dominando al gran truquista. «No, le dije, es verdad, y me parece que no te debe costar a ti mismo mucho encontrar una. Creo que cualquiera puede hacer la prueba». «Bien, pero ¿qué palabra? Si es tan fácil que le pueda ocurrir a cualquiera...; pero me parece que estás valorando demasiado a la gente; la gente se queda despierta por otras razones, por números, por ejemplo, pero no por una palabra. A ver ¿qué te mantuvo toda una noche despierto?» «La palabra *no*», respondí. Guillermo me miró con seriedad, como si se hubiera puesto a recordar con todo el cuerpo algo. «Sí —repitió Guille, no para mí, sino para él mismo—, la palabra *no*». Se hizo un largo silencio al cabo del cual Guille volvió sobre el tema, como si se hubiera repuesto: «Mira, a mí todo eso de los libros y la vida me sobrepasa un poco, pero cuando has dicho lo de una sola palabra...; está bien, pero ese *no* no es un libro, ¿eh? No hagas trampas. Ese no, en realidad, no es una sola palabra sino el final, tal vez, de una historia, quizá de una historia de amor, ¿verdad? En ese no están cifradas muchas otras noches en las que un sí te mantuvo despierto».

Mi padre me había dicho que había palabra. Él no lo sabía, no en este sentido al menos. Como con otras cosas en este mundo, la vida a veces se expresa a través de nosotros sin que alcancemos a saber: somos transmisores. Bien, era invierno, en una de esas semanas en las que debido al mal tiempo apenas si salíamos a la calle y mi padre nos contaba historias de su familia, y de él mismo que, siendo como era ya viejo, había vivido cosas legendarias, cosas que habían ocurrido a principios de siglo, antes de la guerra. Todo aquello me resultaba tan lejano que hubiera podido creer

fácilmente que había ocurrido al comienzo de todo, de todos los tiempos. Había relato y había palabra, sierras oscuras con lobos y mulas que caminaban durante la noche por caminos estrechos, hogueras junto a las que dormía esperando seguir por la mañana la ruta, con los animales cargados, en compañía de sus hermanos mayores, arrieros recios a los que nunca vi porque murieron al principio, cuando ocurría todo: un abuelo centenario, su padre y mi abuelo, que era curandero y sonreía siempre en la adversidad, el pozo donde cayó un día y se sacó jalándose a sí mismo del cabello; la guerra, el hambre, los caminos. Había un relato, y un día oí la interrupción de ese relato que bajaba las escaleras hasta el patio y continuaba por el río que bordeaba nuestra casa y ascendía por los árboles de las orillas; esa ruptura había entrado en mi piel proclamando que no había palabra, que había un vacío entre el pronombre en primera persona y el verbo que había saltado a la otra orilla, fuera de la narración de las aguas, había saltado al otro lado en una tercera persona. ¿Quién era? Ser es una errancia del sentido y de los sentidos, y vivir, escribir, es explorar el nombre. ¿Entiendes lo que trato de decirte, Guillermo? Me convertí en un explorador de un bosque vacío cuyo centro era cualquier parte. Pero yo no sabía que el bosque estaba vacío y que gracias a ese vacío el bosque respiraba y yo podía volver a hablar, a tomar la palabra, no ya la misma: la palabra que había nacido de mi muerte. Por amor a la vida, darle vueltas a las palabras; por amor a las palabras, darle vueltas a la vida. Vueltas palabras, el revés del envés, el lado sin lado de un sonido. No había palabras; en el bosque de mis venas latía una palabra; en el bosque de la sangre, una palabra otra, en el fondo sin fondo del presente. Entonces tú estabas al final de la casa de ecos del lenguaje, más allá del lenguaje, más acá de las palabras: el instante de la resurrección. Era tocar el pan, sentir el agua correr por mi cuerpo en un día cálido y verde del verano.

VIII

Estaba tan poco acostumbrado a salir de mi pueblo que cuando un par de días antes de mi partida fui a despedirme de Guillermo, sentí que mi viaje y traslado a Madrid suponía un verdadero abandono de todo cuanto hasta entonces me había rodeado. «Guillermo, le dije mientras paseábamos al atardecer cerca del mar, te echaré mucho de menos, y no sé cómo me las voy a arreglar sin hablar contigo.» Guillermo sacó el labio inferior un poco hacia adelante, como si buscara una solución, y a punto de decir algo, se calló. El mar estaba tan calmado que sólo se veía una pequeña ola llegar hasta la orilla y doblarse sobre sí misma. Sin dejar de caminar, Guillermo interrumpió su silencio. Normalmente, Guille, si estaba caminando y que-

ría decir algo, se paraba; luego, cuando terminaba volvía a caminar y, tal vez dos pasos más allá, volvía a detenerse para decir un monosílabo.

—Yo también —dijo—.

Seguimos varios metros en silencio.

—Yo tampoco sé cómo me las voy a arreglar sin hablar contigo. Eres un poco cabezón, pero ya me había acostumbrado, y la verdad es que para mí ha sido una sorpresa, desde aquel día en que te acercaste por casa con el asunto de los apellidos, ¿te acuerdas? ¡Claro que te acuerdas! Pues una sorpresa, ya te digo, que alguien de la familia... espero que no te moleste por lo que voy a decir —ahora sí, deteniéndose y mirándome—, pero tú has salido a mí. Eres un poco terco, como tu padre, y no eres tan aficionado a la bebida como yo, es verdad, pero en lo demás, aunque un poco más finolis por la cosa del Fredón y por los nuevos tiempos, pero yo creo que sí, que se te nota que eres sobrino mío. No como los otros sobrinos, claro. No sé cómo decirlo. Tú y yo miramos las cosas de manera un poco parecida. Tú coges algunas cogorzas con los libros y yo con el vino de Montilla del bar El Guerra; pero sobrios somos, no sé cómo decirlo, somos un poco primos.

—En eso estoy de acuerdo, tío. En fin, ojalá sea así, pero yo no lo creo —dije con cierta humildad.

—Bueno, ya te he dicho que tú eres más fino, tienes un baño libresco mayor, pero sí, sí, yo no lo dudaría. Tú, por ejemplo, estás un poco loco, te enamoras como un necio, igual que yo, y hagas lo que hagas, nunca llegarás a nada, pero no creo que eso te vaya a importar, y ese no importante va a ser en ti realmente importante, ¿no?

—¿Tú crees, Guille? —pregunté un poco aturdido por ese «no llegar a nada», porque la verdad es que estaba más bien convencido de que llegaría a algo y a veces lo ambicionaba con verdadera fuerza.

—Es que —volvió Guille después de observar mi desconcierto— la gente que cree que llega a esto y a lo otro, es un poco fantasma. Tampoco es que quiera decir que la vida es un fracaso. Bueno, a veces lo diría con ganas. No es eso, sin embargo, sino más bien que como nada es definitivo, pues nunca se llega a nada porque todo está sujeto al tiempo y el tiempo es cambio, mudanza. Yo he tenido algo de dinero, trabajo, esposa, y he dejado de tenerlo todo. Todo lo que he tenido también lo he perdido y ganado, así continuamente. Uno tiene una gran casa y se enorgullece de ello, y otro una muy pequeña y se apena por su falta, y el primero ha de ocupar gran parte de su día para llenar la casa —de muebles, de invitados, de lo que sea—, y el otro ocupa gran parte de su tiempo o de su energía, como lo quieras decir, lamentándose. Así que nunca se llega a nada. No

sé si me explico. Lo importante no es tener una casa pequeña o grande, estar solo o acompañado, lo importante es saber que nunca se llega a nada.

—Es un buen consejo —le respondí con un poco de ironía—, sobre todo ahora que me voy a Madrid y que estoy a punto de cambiar de vida.

—Ah, ya sabes que te deseo éxito. Tú no puedes dudar de que te deseo lo mejor, sea lo que sea lo que vayas a hacer.

—¿Entonces?

—Eso no cambia nada. Si yo hago una ensalada, quiero que me salga bien, que esté bien aliñada, y si tengo invitados, que guste. Es obvio. Pero el no llegar a nada tiene que ver con el espíritu que uno pone en las cosas. Es verdad que no todo el mundo lo tiene y no tiene que ser así para todos. Conozco a gente que no siente así y no les va mal; sin embargo, para como yo he vivido y entendido las cosas, digamos que es una fórmula importante. Es uno de los palos del barco. Te lo digo en otros términos: uno puede pretender tener éxito en lo que hace, pero por encima de ese empeño tiene que haber un espíritu que enlaza ese empeño con una instancia superior donde el éxito y el fracaso se neutralizan.

Guillermo se paró con satisfacción. Yo creo que le habían gustado los términos de su explicación.

—Ya sé, Guille: si las cosas me van mal, no debo preocuparme, ¿verdad? O en tus términos: debo entender el posible fracaso en esa «instancia superior».

—Tanto si te va mal como si te va bien. No creas que es fácil vivir con éxito —y esto no lo digo por experiencia—, como no lo es ser muy inteligente, muy guapo o extremadamente hábil para algo notable. Las virtudes son peligrosas. Yo, afortunadamente, no he tenido que luchar mucho contra ellas —dijo riéndose—, porque nunca he notado que destacara en nada.

Pensé al instante que Guillermo sentía alguna tristeza por eso, por no haber destacado en nada. Un campesino que había logrado tener alguna discreta renta alquilando la finca que había heredado de su mujer; que había vivido la mayor parte de su tiempo en Salduba, sin hacer nada visible pero que, al mismo tiempo, poseía dones singulares: inteligencia, silencio, sensibilidad y bondad. Es verdad que mucha gente es inteligente, pero Guille había hecho algo un poco distinto con su inteligencia, la había hecho un instrumento para conocerse, y en esto era realmente admirable, sólo que, ¿quién lo sabía?

—Tío, tengo que decirte que te equivocas, tú sí has destacado en algo.

Guille hizo un gesto de no querer oírme y miró hacia el mar como quien busca una salida.

—Has destacado como persona, y eso es algo en lo que casi todo el mundo fracasa.

Guille se detuvo y se sentó en la arena, orientado hacia el mar. No me miraba. Le dije que había sido muy importante para mí y que yo tardaría muchos años, si lo conseguía, en vivir en mí lo que había visto en él. Añadí que yo aspiraba a hacer muchas cosas —aunque la verdad es que no sabía qué— pero no por el éxito que pudieran acarrearme, sino por el gusto de hacerlas. Y que estaría contento si lograba hacerlas con el temple que había observado en él. «Quizá sea verdad eso que dices, que no has llegado a nada porque nadie llega a nada, aunque eso no ha sido un fracaso ni una vida que no vale la pena. La vida no se vocifera, se cumple, y para cumplir con la propia vida hay que tener un centro. No creo que ese centro te haya faltado».

Guille me detuvo. Noté, aunque lo veía de perfil, casi un poco detrás de él, que estaba emocionado, pero no creo que lo estuviera por mis palabras sobre él; sabía que los halagos no le impresionaban, no era un hombre asequible a la admiración.

—No sigas con eso, no vale la pena y, sobre todo, no vale la pena que me tomes como ejemplo.

Sentí de golpe que me minimizaba e infravaloraba mis palabras que habían sido dichas con intensidad y sinceridad. Le respondí que tal vez él tuviera razón.

Guillermo se volvió hacia mí. Sus ojos marrones se habían intensificado y podía observar un destello de orgullo en ellos.

—Cuando llegué a este mundo —dijo con un tono que parecía solemne de no ser por la distancia que ponía en sus palabras, como si las buscara y las apartara rápidamente de sí—, cuando llegué a este mundo me enteré de que millones de hombres ya habían estado en él. Y que se habían marchado. Puedo verme preguntándole a mi madre, inacabablemente, como sólo lo hacen los chicos, porque no pueden concebir una abstracción y tienen que pensar con las cosas mismas, y no se puede, claro. Durante milenios y milenios, aparecieron criaturas sobre esta tierra y, poco más tarde de sus apariciones, desaparecieron. La mayoría de la gente de mi tiempo había nacido en el mismo siglo, el resto a finales del anterior; de todos los siglos anteriores ya no había ningún testigo vivo. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaban todos esos millones de hombres y mujeres? No lo supe entonces sino algo más tarde. Todos estuvieron donde yo y, tal vez como yo entonces, abrieron los ojos en el centro de la perplejidad. Recuerdo el día en que pensé de verdad esto —dijo Guillermo con un tono entrañable, como quien va a contar una anécdota distraída—. Estaba yo aún en la casa de mis padres, claro, en el campo. Era muy jovencito pero ya me había enamorado de la hija de un mediero, que era un par de años mayor que yo. No sabía cómo decírselo y ni siquiera que tuviera que decirle algo concre-

to; pero todo me inclinaba hacia ella. Cuando andaba limpiando los surcos, cuando desbrozaba las acequias, cuando atardecía sobre aquellos inmensos trigales. De vez en cuando, cuando el trabajo me lo permitía, me subía al granero para estar solo, y notaba que algo en mí estaba a punto de estallar, como si todas esas semillas y los fardos de paja que allí se guardaban fueran a incendiarse de golpe. Sentí eso que todos alguna vez hemos sentido: que a pesar de que por aquí han pasado muchos hombres, yo era el primero y el último, que toda la humanidad no era nada si yo no estaba allí, repitiendo o encarnando el tiempo de todos los días. El enamoramiento me había sacado de mí mismo de manera impulsiva y, al mismo tiempo, me había mostrado mi extrema soledad. La vida estaba viva porque estaba viva en mí, pensaba, pero si no era en mí, y aquí estaba la gracia y desgracia del asunto, estaría en otro. Tenía razón y no la tenía. Pensé entonces, y lo pienso ahora también, muchos años después, que nunca llegaría a nada pero que vivir, vivir de verdad, valía la pena y que no podría vivir sin una ética profunda. No me lo diría con estas palabras, ni con palabras, pero lo sabía. Tú lo has llamado espíritu, y tal vez sea lo mismo.

Le expliqué que ética quizás era una palabra que designa nuestra relación con los otros, más que con uno mismo.

—Puede ser, pero no sólo vivimos con los otros, con nuestros semejantes: vivimos con todo lo que nos rodea, y yo mismo soy mi socio, nunca me he visto como un monolito que se relaciona con algo que está fuera y que es el mundo.

—¿Y encontrar ese centro es un fracaso o un éxito? —le pregunté rescatando sus palabras anteriores.

—Yo creo que encontrar ese centro, que tú mencionabas, está bien, como está bien estar sano o enfermo, pero cuando uno se encuentra sano no dice que es un éxito su salud, ¿no? Simplemente acepta su salud y vive con ese estado de su organismo. La salud le permite hacer cosas que no haría si fuera tuberculoso, por ejemplo, y cuando respira hondo no encuentra obstáculos. Pero ¿es un éxito? Ha habido hombres que han vivido enfermos y han realizado grandes cosas, y otros que, ufanos de su salud, han arruinado su vida. Es lo que decíamos antes de las virtudes. Bueno, pues lo del centro es bueno porque te permite no tener éxito en la salud ni fracasar cuando estás enfermo.

—Pero si estás enfermo puedes morir... —insistí.

—Sí, pero morirse no es un fracaso, es sólo la refutación de nuestras ilusiones y de nuestras estupideces; pero uno no puede decir: fíjate qué fracaso el de fulanito, que se murió ayer..., o qué gran éxito el de zutano, que acaba de nacer. ¡Todo un éxito! Yo lo que digo —y ya estoy un poco cansado de darle vueltas a esto— es que nunca se llega a nada, pero no

porque ese no llegar a nada sea un fracaso, ¡de ningún modo! Incluso no llegar nunca a nada es positivo, siempre que no estés empeñado...

—...En tener éxito —interrumpí.

—¿Crees que es una broma mía? —preguntó Guillermo con un poco de seriedad.

—No, no lo creo.

—No lo es.

Nos quedamos mirando el mar en aquel plácido atardecer de finales del verano. Yo me preguntaba de dónde habría sacado Guillermo ese tono moralista, sentencioso, dónde habría aprendido todo ese lenguaje algo filosófico y ligeramente caprichoso que desplegaba en nuestras conversaciones. Me era extraño y entrañable a pesar de que ya llevaba algunos años siendo mi gran interlocutor. Alguna vez pensé si no sería de alguna secta de las que tienen respuestas para todo, pero deseché ese absurdo pensamiento porque Guillermo no tenía carácter para pertenecer a nada, creo, y además no tenía tantas respuestas, más bien tenía salidas. Bueno, la verdad es que él mismo me lo había dicho, se pasó mucho tiempo yendo a los cruces de caminos, ¿y hay algún sitio mejor para aprender de esta vida que andar en los cruces de caminos? Ahora bien, ¿a dónde va uno cuando está en un cruce? Los otros llegan y pasan, vienen del norte o del sur, de la aldea o de la capital, de la enfermedad o de la boda, del trato o de la pendencia; pero ¿y Guillermo? ¿De dónde venía o a dónde iba Guillermo? Lo supe aquella misma tarde mientras estábamos allí sentados: Guille, fumando algún cigarrillo que se le quedaba un poco colgando sobre el labio inferior y que luego parecía esconder en el hueco de la mano derecha; yo, mirando el mar, rojizo a lo lejos, quieto como si nunca hubiera pasado nada, inmóvil en su apariencia pero inagotable y misterioso, igual a sí mismo, como un bosque y como él vacío. Lo que allí veía, intenso y relajado, era el infinito y era un poco de tiempo que se desgranaba sobre el cruce de caminos de mi conciencia. El camino de Guille era el cruce, y yo mismo había llegado a ese cruce, donde siempre había estado, y había comenzado a contarle mi vida conforme iba sucediéndome, por decirlo así. Entré en su patio y se convirtió en un cruce de caminos; y esta playa casi desierta donde él y yo estamos sentados era otro cruce. Yo voy para algún lugar y hablamos y fumamos, o callamos y caminamos un rato. Luego, yo me iré y Guille volverá a su patio o a la taberna del Guerra, y pensará que ha estado en el cruce donde ha encontrado a otro viajero del tiempo, como él mismo, como todos. Un viajero que no puede decirle adiós, y que al abrazarlo y besarle las mejillas, algo oscuras y surcadas, sentirá que no puede decirse aquello que valdría la pena decir.

IX

Mi equipaje estaba hecho, apenas un par de bultos donde había puesto lo esencial. El resto se quedaba almacenado en la casa de Nicolás. Durante algo más de un par de semanas llegué a pensar que Julia estaba molesta por mi deseo de seguirla a Madrid, y tal vez lo estuvo por razones difíciles de explicar, pero luego se ilusionó y hacía planes para ambos: cines, lugares, viajes. La memoria al revés.

Antes de marcharme me senté, como tantas veces había hecho a lo largo de los años desde mi infancia, bajo un naranjo de un plaza cercana a mi casa. La vida, la mía, se me dibujaba claramente en dos: la infancia, algo anodina y timorata, con un peso adicional a la espalda, invisible y por lo tanto indescifrable, y por otro lado, el tramo que se inició aquel día en que mi padre me reveló lo que yo consideré mi estigma. El estigma se hizo palabra, se hizo literatura, y la literatura, cuerpo. Y allí, al final y desde el principio, estaba Julia, respondiendo desde el otro lado del mundo a mi incógnita primera. ¿Primera? ¿No era un momento de la profunda incógnita del vivir? Al descender por la declinación herida de mi nombre no llegué a mí, no me fue revelado ningún misterio familiar que fuera una explicación última, ni me encontré, realmente, singular respecto a la gente que me rodeaba. Sí, es cierto, al principio fue así: me enamoré del estigma en cuyas volutas cargadas de misterio brillaba el orgullo. Quizá en esa negación que abría un trecho a mis pies había yo vislumbrado los signos del elegido. El mundo se dividía y yo me contemplaba, pero Guille primero y luego Julia, me enseñaron otra cosa: que aquel tropiezo no fue sino una puerta que se abrió ante mí para no morir en los lentos e iguales días de la vida. No habría días iguales; la lentitud estaría regida por un movimiento de atracción. Sin embargo, nada se produjo de golpe ni definitivamente. Seguramente, me dije más de una vez, todo fue un problema de lenguaje, pero ¿acaso no había detrás una realidad no verbal que respondía a ese problema nominal? Si *todo* es un problema de lenguaje, entonces nosotros somos ese lenguaje. Como quien se agacha a recoger una moneda en la calle y encuentra un papel en el que se indica una dirección, y acude a esa dirección impelido tal vez por la curiosidad, y al llegar descubre que allí, donde se indicaba, alguien le espera, a él (¿para qué? ¿desde cuándo?): el azar cruza caminos para que el destino los recorra: así, en el salto entre los nombres, el pronombre y el verbo se miraron tocados por la extrañeza. Ambos proponían una tensión en principio contradictoria, pero verdadera en su contradicción lógica, insistente frente a la razón razonable, irreductible a las soluciones lineales. La verdad de esa contradicción consiste en estar más allá de la contradicción. ¿Qué había detrás de todo eso? ¿Qué

había entre las palabras, susurrando, oscura, enmarañada, incomprensible, inaudible, ilegiblemente? ¿Era entonces eso, era la muerte lo que estaba detrás de todo, detrás de los nombres, detrás de esta escritura? Encontré un camino. Frente a la ilusión del yo que a sí se afirma en las vanas ceremonias del aire, el ser que lo contradice, que lo mantiene durante días a pan y agua, que lo afirma al negarlo: pero es una afirmación que lo transforma: es ya un rostro hecho de tiempo, el tiempo que lo arrebata y lo exalta, no al yo, al tiempo encarnado en la conciencia.

Allí estaba, bajo el árbol, con la espalda pegada a su tronco. En el centro de la plaza, el busto de un general que había dictado el destino de mi país desde mucho antes que yo pudiera tener conciencia. Ahora el general estaba agonizando. Lo miré. Recordé el día —la noche— en que, en compañía de un amigo, le pinté la cara de rojo. No tardaría mucho, apenas unas semanas, estando ya en Madrid, en oír al despertar una mañana, música clásica en todas las cadenas de la radio. «Ha muerto el Generalísimo». Desde niño había oído su voz en lo que mis padres, ya por inercia seguían llamado el parte, es decir, el informativo que para algunos seguía siendo un parte de guerra. El general y el himno nacional, el general y los NO-DO pantanosos proyectados en los cines antes de las películas; el general en su caballo en los libros de historia, las clases de formación nacional, una historia de reconquista de cinco siglos, «vencido y humillado el enemigo». El enemigo, el otro. La humillación del otro, la negación, el ninguneo. El otro y su infierno, el infierno de los otros, sus llamas herejes. Cumplieron con Hobbes, garantizaron la paz, frente a los desmanes republicanos, a costa de la pérdida de la dignidad: eran nacionalistas, la única virtud del Leviathán. Recuerdo aún aquel librito escrito por un tal (por cualquier español, qué más da), en el que nos hacían creer lo siguiente: «Cuando las cosas no podían ir ya peor, cuando la ruina de España iba a completarse, se juntaron los buenos españoles para salvarla. Eran los militares patriotas, eran los carlistas, eran los monárquicos, era la *Falange*. Como los malos españoles eran muchos y les ayudaban desde el extranjero, la guerra duró cerca de tres años». Los buenos lucharon contra el bando de los rojos, «que cometieron horrendos crímenes. Incendiaron más de diez mil iglesias, asesinaron a medio millón de buenos españoles y robaron los bienes de muchos más». Y terminaba aquella *Historia de España:* «Rogad para que Dios os conceda la paz, pero estad preparados a imitar la conducta de vuestros mayores si algún enemigo osase atacar a España, por la que no habéis de dudar de sacrificar la vida». Vencido y humillado, desmemoriado bajo la paz del uno, de lo uno como neutralización de lo otro, de los otros. Un lecho de paz sobre detritus de palabras escupidas por los suelos. ¿Dónde?

Allí, allá, aquí, por allá, aquí mismo. ¡Caramba!, me dije, ¿pero qué hago yo aquí esta noche, sentado frente al General? Adiós General, adiós en general, en general a todos los generales, adeus, addio, adieu, ciao, bye, auf wiedersehen! Adiós a todo eso. Y ya que estamos frente a frente, adiós a Eso. Adiós, se lo dije a tío Guillermo, en casa siempre se odió al General; pero Guille, cómo no, era un poco distinto; recordaba cuándo «llegaron los nacionales, los fusilamientos, las humillaciones, los delatores y las consecuencias de sus miserias, pero ¿era gente del General? Ya había visto otras cosas, menos graves, es cierto, años antes de la guerra, cuando las circunstancias propiciaron que otros alimentaran sus vilezas. Así que, poco a poco, llegué a decirme que Franco era yo mismo y que iba a tratar de no serlo. ¿Que si lo odio? No, muchos de sus gestos despertaron mi animadversión, mi desdén o mi asco, pero si pienso en este país y pienso en el general, no puedo odiarlo como tú dices, lo que sí me produce es una inagotable tristeza, una tristeza que no sé cómo atajarla salvo con una moderada esperanza, ¿me entiendes? Para muchos fue una solución fácil, una manera de centrar en alguien o en algunos la culpa y la condena; fue y es una manera de no entender, que es distinto de entenderle. Entender no es aceptar, pero puede servir para liberarnos de ciertas actitudes. Hay demasiada gente que quiere tener razón, y hasta que quiere matarte razonablemente, o convencerte de que su razón lo es tanto que ya no queda sitio para nadie más, salvo si te reduces a su razón, si reduces tanto tus razones que carezcan ya de realidad, porque la realidad toda es de su razón, incompartible con nada que no sea lo mismo. Gente que no quiere tu verdad sino la Verdad, y no vayas a creer que quieren ir de paseo contigo a buscarla, que sería un mal menor, sino que ya fueron y volvieron con la presa. Éste es un país de visionarios y de poseídos, de poseídos por la verdad. Te asustan con ella, la convierten con suma facilidad en una espada o en un fusil y cargan contra la gente. No, no quise convertirme en un profesional del odio, ni quise ni quiero tener al odio cerca de mí. Me olvidé de él y miré a mi alrededor, y lo que vi fue un mundo con demasiados generales, es cierto, pero también con muchos singulares».

Yo no pude. Tuvo que morirse para que comenzara a dejar de odiarlo. Adiós, padre, y gracias por los días en que, al alba, fuimos a coger higos para traerlos a casa a la hora del desayuno. Arriba, en la higuera, yo veía amanecer mientras abría un higo maduro y fresco que me llevaba a los labios. La miel y la luz a un tiempo. El sol, como un golpe de espuma atravesando las hileras de los árboles, llegaba hasta el árbol y lo incendiaba, mientras yo seguía allí, respirando la brisa dormida del alba. Me subías al árbol y tú aguardabas que te fuera entregando los frutos que depositabas en un cubo que previamente habías cubierto con hojas de higuera. Allí,

en el árbol, aguardaba esa primera luz que venía corriendo por los sembrados, dando vueltas con la brisa, hasta tocar mi frente. Gracias, Guillermo, porque la memoria y el corazón no tienen límites. Gracias, madre, gracias. Adiós, me dije una vez más, la espalda apoyada sobre el árbol. Adiós, calle del Muro, antigua muralla de la ciudad que llegaba hasta la Puerta del Mar. Ahora ya sí y definitivamente, me voy. Ahora me voy con el que nació sobre una muerte oída en mitad del campo. La noche crece y me rodea, la noche es este árbol sobre el que apoyo mi vida y con el que me extiendo por su savia. El árbol, la copa del árbol, la noche.

Uno está en el tren, echado en la ventanilla y agita una mano, dice adiós, pero eso no es más que un gesto donde se concentra el continuo adiós de vivir. Nos despedimos porque el tiempo sin cesar, etcétera. Llegar, despedirse, irse. Desear un cuerpo, tocarlo, recordarlo. Llegar al cuerpo es recordar, despertar el cuerpo en el cuerpo. Dije adiós, digo adiós, la memoria deshaciéndose de su contenido, soltando lastre para adentrarse ligera de equipaje en el huidizo presente del futuro; la memoria que se adelgaza al dejar atrás sus dimes y diretes, que alza su solo de flauta frente a la tropa intrincada de los hechos, lo vivido: ese proceso que no acaba nunca de ser pasado, que no acaba nunca de ser vivido, porque todo adiós es una metamorfosis. Una palabra, la esperada inesperada, penetra en el tejido vivo de tus palabras y crece y se multiplica, altera la sintaxis y la semántica, declara guerra fratricida entre los sinónimos, se disfraza de otras palabras, se traduce, cambia de idioma, contradice a los antónimos, llama a tu puerta y tiene tu propio rostro sin tú saberlo, se refleja sobre el papel creando mil y una sombras, suena en el hueco de la página y de su eco surgen nuevos sonidos, páginas, volúmenes, bibliotecas que, a su vez, un solo gesto de humor resuelve en una paradoja que se adelgaza hasta desaparecer sobre la línea ingrávida de este crepúsculo que ahora veo en alta mar, que ahora veo mientras escribo, mientras recuerdo, mientras invento y soy inventado y desaparezco.

La memoria es una invención del cuerpo, nostálgico de un presente que en cuanto queremos asirlo es ya pasado, espacio de impermanencias, el tiempo que antes de ver su rostro es ya fantasma; a su vez, el cuerpo es una invención del deseo, que quiere, que quiere lo que le falta, que recuerda lo que desea; se apoya en el pretil veloz de este instante para decir, para decirse, para abrir la pregunta, para hacerse forma que ya contiene el cuerpo de la respuesta. Pero la respuesta es tiempo, no es eternidad, no permanece inmóvil, gravitando sobre la mudanza de las horas. Es tiempo y pasa. Recuerdo con mi cuerpo, mi olfato, mi gusto, mi vista, mi tacto, todos mis sentidos al sentir recuerdan, despiertan. ¿Quiénes despiertan? Despierta el cuerpo; no el que habita conjeturalmente en un pasado sino el que es y

no se sabe, salvo en la búsqueda. Recordar es un golpe de sangre en el tiempo, en el presente. El cuerpo es siempre presente, es lo que está presente. Aunque la melancolía y la nostalgia, el sueño y el deseo, lo proyecten en otras direcciones del tiempo, todo tiempo y todo cuerpo es un continuo presente. Las palabras que digo, forzándolas bajo la luz extrema de la tarde, despiertan el cuerpo que fui, pero ese cuerpo es algo más que mi cuerpo, es cuerpo del mundo. No puedo recordarme, no puedo en mis vueltas sobre lo que llamo «yo mismo» saber quién era, quién soy. Lo que habla es una metáfora del cuerpo, de la memoria, del deseo. El cuerpo se cubre de metáforas, se descubre metáfora de otros cuerpos; es un cuerpo a la búsqueda de sí y de otros, es algo más, es algo más, es el silencio que no puedo decir, que no voy a decir, es el silencio que me dice, que me hace cuerpo que se hace metáfora. Soy una imagen a la búsqueda de un cuerpo, un cuerpo a la búsqueda de sus imágenes.

Todavía estoy reclinado sobre el árbol. El árbol es ya cielo y en sus constelaciones oigo tus imágenes sobre mi cuerpo precipitarse.

Madrid, octubre de 1993

Juan Malpartida